

¿Se puede vivir sin Filosofía?

Dr. Alejandro Tomasini Bassols

Notas del autor (es)

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de México (UNAM)
Correo electrónico: altoba52@gmail.com

Para citar este artículo:

Tomasini, A. (2013) ¿Se puede vivir sin filosofía?. *Espacio I+D Innovación más Desarrollo*, 2 (3), 16-32. doi: 10.31644/IMASD.3.2013.a02

Por sorprendente que le resulte a más de uno, la pregunta que da título a nuestra exposición lejos de ser una pregunta sencilla apunta, como iremos paulatinamente descubriendo, a una problemática sumamente compleja y la respuesta que se pueda proporcionar es todo lo que se quiera menos simple. Nuestro problema inicial, desde luego, consiste en entender la pregunta misma, en despejar al respecto todo malentendido posible, para lo cual lo primero que tenemos que hacer es tratar de desentrañar su sentido, es decir, de hacerlo explícito. Ahora bien, si es del sentido de la pregunta de lo que en primer lugar tenemos que ocuparnos, lo que de inmediato habrá que decir es que no es posible no percatarse de que dicha pregunta tiene no uno sino por lo menos dos sentidos que, obviamente, es menester distinguir: uno, que yo calificaría de “trivial”, y otro, un poco más complejo, al que llamaría ‘serio’ o ‘profundo’. Antes de responder a nuestra pregunta, por lo tanto, tenemos que considerar dichos sentidos y lo haremos en el orden mencionado.

El sentido trivial

Si tomamos la pregunta ‘¿Se puede vivir sin filosofía?’ como una mera fórmula del lenguaje, como una expresión del español en la forma de interrogación más o menos equivalente a la pregunta ‘¿Es **posible** vivir sin filosofía?’, la respuesta es inmediata, simple y obvia: sí, sí es posible vivir sin filosofía. Esta, sin embargo, no puede ser una respuesta satisfactoria para nosotros puesto que de inmediato nos damos cuenta de que, así considerada la pregunta, esto es, desde un punto de vista puramente formal y modal, la respuesta es la misma para absolutamente cualquier cosa. ¿Es posible vivir sin leche? Sí; ¿es posible vivir sin padres? También. ¿Se puede vivir sin dinero, sin coca-cola, sin carne, sin camisas, sin auto, etc., etc.? A esas y a todas las preguntas como esas, consideradas desde luego distributiva mas no colectivamente, se puede responder que sí, pero la razón salta a la vista: dado que la pregunta es puramente formal y que no estamos inquiriendo sobre su contenido sino que la estamos viendo como mera interrogación acerca de una posibilidad, sabemos a priori que ninguna respuesta posible generará una contradicción y, por lo tanto, que la respuesta en principio podrá ser siempre ‘sí’. Desde luego que, así consideradas, tanto las preguntas como las respuestas son en todos los casos banales, con una posible excepción sobre la cual creo que vale pena llamar la atención.

En un maravilloso cuento intitulado ‘De lo que vive el hombre’, León Tolstoy nos cuenta la historia de unas gemelas cuya joven madre

está a punto de morir justo al momento de su nacimiento, sólo que el ángel encargado de tomar su alma se apiada ante sus ruegos y la deja vivir unos días más de lo que Dios había decidido que ella viviera. Al reportar su negligencia, Dios le ordena al ángel que tome el alma de la joven madre y por su desobediencia lo castiga y lo envía de regreso a la tierra en donde deberá permanecer hasta que aprenda tres lecciones divinas. La madre muere y las recién nacidas son recogidas por unos vecinos que las crían como sus propias hijas y las sacan adelante en la vida. Y una de las moralejas del gran novelista es precisamente que se puede vivir sin padres, pero no se puede vivir sin Dios. Yo soy de la opinión de que Tolstoy tiene toda la razón, sólo que una vez más el sentido de su pensamiento exige un mínimo de clarificación para lo cual tendremos que recuperar, de manera superficial y rápida, algunos pensamientos del gran filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein que son relevantes para nuestro tema.

En lo que son su primer conglomerado de notas filosóficas, los "Cuadernos Filosóficos de 1914-16", escritos en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, Wittgenstein se ocupa de una variedad de temas que van desde la esencia de la lógica y del lenguaje hasta la naturaleza última del mundo, temas que paulatinamente lo llevan hacia consideraciones sobre el "yo". Aquí, por razones obvias, pasaremos por alto su impresionante trayecto filosófico y nos concentraremos en algunas de las reflexiones que nos regala. Pregunta Wittgenstein: ¿qué sé yo acerca de mí y del mundo? Sé que hay un mundo objetivo, que se compone de hechos y con el cual yo me topo o con el cual yo me enfrento; sé también que el mundo como una totalidad no me es indiferente sino que, por así decirlo, me importa y me afecta; en otras palabras, yo evalúo y tomo posición frente a lo que sucede en el mundo; sé, asimismo, que este mundo tiene algo de problemático y que ese algo problemático es su sentido y que si bien los hechos que componen el mundo son neutrales, para mí no son así, es decir, adquieren valor **para mí** porque yo los juzgo, los jerarquizo, los acepto o los rechazo. El mundo como un todo, por lo tanto, tiene para mí un sentido, sea el que sea. A ese sentido se le llama 'Dios'.

Regresemos entonces a Tolstoy: es claro que lo que él afirma, a saber, que se puede vivir sin lo que sea menos sin Dios, visto a la luz de las aclaraciones wittgensteinianas resulta casi hasta una trivialidad, puesto que lo que Tolstoy estaría diciendo es pura y llanamente que no hay vida humana sin sentido. Dios, es decir, el sentido de la vida, es como su sombra: por todos lados a donde va la acompaña. El sentido de una vida particular puede ser horrendo, contradictorio, fallido, exitoso, etc., pero siempre se da, porque lo más impensable es precisamente que una

vida humana careciera por completo de sentido. El sentido, como dije, puede ser fallido, contradictorio, negativo, etc., pero de todos modos sigue siendo el sentido de tal o cual vida humana particular. Afirmar que podría haber una vida humana totalmente sin sentido equivaldría a decir que hay alguien que se encuentra en el mundo y que éste no lo afecta, como si fuera una piedra o un río, un mero objeto físico. Eso no es ni siquiera concebible. Ahora bien, si identificamos, como lo hace Wittgenstein, a Dios con el sentido del mundo y de la vida queda claro que la **única** pregunta de la forma '¿Se puede vivir sin ...?', en el sentido de '¿Es posible vivir sin ...?', para la cual la respuesta es 'no' sería la pregunta '¿Se puede vivir sin Dios?'. Para todas las demás, sean las que sean, la respuesta sería un claro "sí". El problema entonces es, como ya apunté, que las preguntas en cuestión resultarían ser enteramente triviales y sin ningún interés cognoscitivo. Pero entonces si lo que vale para la filosofía vale para cualquier otra cosa, la respuesta positiva no tiene ningún valor y quedaría demostrado que lo único que se hizo fue responder a una pregunta trivial. Afirmar que es posible vivir sin filosofía en el mismo sentido en que se puede vivir sin fútbol no nos avanza en nada en nuestros esfuerzos de comprensión y seguimos sin saber si efectivamente se puede vivir sin filosofía.

El sentido serio

Afortunadamente, hay otro sentido de la pregunta '¿Se puede vivir sin filosofía?', que es el que la vuelve interesante, en relación con el cual la respuesta 'sí' ciertamente ya no se puede ofrecer ni con la misma celeridad ni con la misma seguridad. Podría pensarse que lo que me propongo hacer es remplazar el esquema formal '¿**Se puede** vivir sin X?' con la pregunta '¿**Vale la pena** vivir sin X?' y hacer ver que en este caso ya no podemos ofrecer de inmediato un irresponsable 'sí' a todas las preguntas que se puedan plantear. Por ejemplo, ¿vale la pena vivir sin amor, sin afectos, sin disfrutar absolutamente nada, sin tener ningún éxito en nada, sin perspectivas ni ilusiones acerca nada? La respuesta no es obvia, pero muy probablemente por lo menos en algunos casos tenga que ser un rotundo 'no'. Nuestra pregunta, por lo tanto, se habría transmutado y lo que ahora estaríamos preguntando es si vale la pena vivir sin filosofía. Sin embargo, aunque esta línea de pensamiento es interesante y algunas palabras diremos hacia el final del trabajo, lo que yo prima facie deseo es más bien defender la idea de que, más allá de si es o no es deseable vivir sin filosofía, el hecho es que simplemente es **imposible** hacerlo y que la filosofía aparece en nuestras vidas y es requerida por ellas nos guste o no. En otras palabras, me propongo sos-

tener que la filosofía de hecho **no** es dispensable. Veamos, pues, si es factible demostrarlo.

Para empezar a construir nuestro punto de vista, creo que habría que ponernos de acuerdo respecto a algo, a saber, que la repuesta que intentemos dar a nuestra pregunta habrá de ser una función de dos cosas:

- a) de la concepción del ser humano que hagamos nuestra y
- b) de la idea de la filosofía que nos hayamos forjado.

Esto es, creo, evidente. Alguien puede desarrollar una **concepción** del ser humano tal que de acuerdo con ella la filosofía es vista como un producto irrelevante, una pérdida de tiempo, una actividad improductiva, etc. A mí me parece intuitivamente obvio, sin embargo, que un punto de vista como ese por sí solo se elimina, puesto que es declaradamente paradójico: una concepción así es ella misma un producto “filosófico”, pero ¿cómo podría la filosofía servir para rechazar o anular a la filosofía? Este punto de vista, por lo tanto, no es viable. Tenemos que optar por otras estrategias argumentativas. Consideremos, pues, nuestros temas en el orden mencionado.

A) **El ser humano.** Preguntémonos primero: ¿cómo podemos considerarnos a nosotros mismos? Se me ocurre que podemos vernos, en primer término, como seres biológicos. Si nos consideramos exclusivamente como entidades biológicas, esto es, como seres de los cuales da cuenta la biología, es evidente que entonces sí podemos afirmar con confianza que podemos vivir sin filosofía. El problema con esto es que podemos asegurar que no hay nadie que reduzca su concepción de los seres humanos a la de seres meramente biológicos. Alguien que viera en sus semejantes sólo músculos, huesos, tendones, nervios, uñas, instintos, etc., sería algo así como un monstruo. Como respuesta, por lo tanto, la “opción biológica” no nos sirve.

De igual modo, podemos ver en nuestros semejantes y en nosotros mismos no sólo seres biológicos, sino también seres psicológicos, esto es, seres que además de sus características biológicas tienen o disfrutan de lo que podemos llamar ‘estados y procesos mentales’. O sea, todos tenemos una vida psíquica (imágenes, recuerdos, aspiraciones, voliciones, creencias, deseos y demás). Eso es un hecho. Ahora bien desde esta perspectiva, es decir, considerando a los seres humanos únicamente como seres biológicos y psicológicos: ¿podríamos afirmar que se puede vivir sin filosofía? Claro que sí, sólo que una vez

más de hecho nadie tiene una concepción tan limitada de las personas: nadie considera a sus padres o a sus hijos, por ejemplo, como meras máquinas biológicas dotadas de una psique. Contando nada más con la biología y la psicología nos falta todavía mucho para disfrutar de una visión mínimamente aceptable de los seres humanos. De manera que, una vez más, sí podemos afirmar que se puede vivir sin filosofía pero sólo sobre la base de una concepción irrisoria, incompleta, falseada o deformada del ser humano. Necesitamos, por consiguiente, seguir adelante y completar nuestro cuadro para intentar ofrecer a nuestro interrogante una respuesta que resulte **sensata y convincente**.

Avanzando en esta dirección, podemos a las dimensiones biológica y psicológica añadir la dimensión **social** del ser humano. Podría argüirse que las personas no sólo exhiben procesos biológicos y psicológicos sino que **necesariamente** son también seres de carácter gregario, necesitan de otros, tienen que interactuar con los demás. Podríamos expresar la idea de este modo: un ser puramente biológico y mental no es todavía un ser humano. Replanteemos entonces nuestra pregunta: considerados así, esto es, como entes sociales y presuponiendo todo lo que la vida psíquica y lo que la biología entrañan: ¿se puede vivir sin filosofía? Yo creo que, a reserva de matizar la respuesta pero en aras de la argumentación, habría que admitir que quizá sí, *in extremis* sí. No obstante, en el mejor de los casos el precio por hacer suya una concepción de los seres humanos como seres bio-psico-sociales sería excesivamente alto, un precio que prácticamente nadie está dispuesto a pagar. ¿Por qué? Porque se tendría que tener una concepción de los humanos quizá como Neandertales o como hombres de la Edad de Piedra, como nuestros antepasados de las cavernas, como pre-humanos para poder asumirla. Quizá nuestros antepasados, y ello es discutible en grado sumo, eran seres biológicos, estaban dotados de una cierta vida psíquica y vivían en grupos y eso era todo. En ese caso, ellos serían quizá los únicos miembros de nuestra especie de los que podríamos afirmar que no necesitaban filosofía. Pero la pregunta que tenemos ahora que plantear es: ¿se identifica alguien de nosotros, aquí y ahora, con ellos? ¿Podría alguien vivir como el hombre de las cavernas? ¿Reduciría hoy en día alguien su concepción de las personas, ella incluida, a la de meros seres bio-psico-sociales? Yo lo dudo. Ahora bien, lo que con esta duda se pone de relieve es que algo muy importante está faltando en nuestros esbozos de concepción del Hombre y que una visión de los humanos en la que nos limitamos a verlo única y exclusivamente en sus dimensiones biológica, psicológica y social es demasiado pobre comparada con la que actualmente disponemos. El punto importante para nosotros es justamente que es sólo sobre la base de una concepción tan pobre de la vida humana como esta que estamos considerando que

se puede seguir jugando con la idea de que es posible y valdría la pena vivir sin filosofía. Obviamente, algo está faltando. La pregunta es: ¿qué?

B) **La plataforma lingüística.** Las perspectivas de los seres humanos que hemos someramente mencionado nos mantienen en lo que podemos llamar el “mundo natural”. En efecto, ni como seres biológicos, ni como seres psicológicos ni como seres sociales nos distinguimos esencialmente de otros animales, en especial de los póngidos superiores e inclusive de animales de otras especies. Los elefantes, por ejemplo, tienen una formidable memoria (de hecho mejor que la humana); los tigres tienen creencias (acertadas o desacertadas) sobre sus potenciales presas; los hipopótamos pueden tener intensos dolores; las hormigas y las abejas se necesitan entre ellas y cooperan unas con otras en el trabajo, en la recolección de alimentos, en la defensa de sus moradas y así indefinidamente. Pero si ello es así, ¿en dónde entonces está lo específico de lo humano? ¿Dónde y cómo aparece?

Yo creo que la respuesta es evidente de suyo: el hecho es que además de seres biológicos, psicológicos y sociales somos también, esencialmente, en un sentido preciso que ya no se aplica a los animales, seres **lingüísticos**. Es con la plataforma del lenguaje que se abren posibilidades de ser específicas de nosotros. Es cierto que los miembros de múltiples especies animales desarrollan sistemas más o menos precarios de comunicación y se advierten unos a otros sobre peligros, comida, rivales, etc. Sin embargo, estos sistemas rudimentarios de comunicación no son lo suficientemente fuertes como para permitir hablar de “lenguaje”, en el sentido más estricto de la expresión. ¿Cuál es ese sentido? En relación con los intereses que perseguimos en esta ocasión, lo fundamental del lenguaje es que nos abre el espectro del **pensamiento**. No es lo mismo emitir un rugido para llamar la atención sobre una gacela que expresar algo como:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como lo fue Don Quijote
Cuando de su aldea vino.
Doncellas cuidaban de él
Princesas del su roncino

No necesito argumentar, supongo, que algo como un poema está decididamente más allá de toda posibilidad de expresión de cualquier animal. Es, pues, con lo que podríamos llamar el ‘reino del pensamiento’ que nos encontramos en el mundo de lo esencialmente humano, de lo peculiar de los miembros de nuestra especie, del *homo sapiens*

sapiens. Ahora bien, dicho reino, es importante enfatizarlo, tiene su fuente o sus raíces en el lenguaje. El concepto de pensamiento, tan importante para nuestros propósitos, es algo complejo y por ello, aunque sea velozmente y de manera un tanto superficial, tendremos que hacer un poquito de lógica filosófica a fin de esclarecerlo y poder así articular nuestra respuesta a la pregunta original.

Quizá lo primero que habría que decir es que, aparte de complejo y de no fácil aprehensión, el concepto de pensamiento es también ambiguo. Lo que quiero decir es que el término 'pensamiento' se usa de dos maneras diferentes, es decir, tiene dos sentidos puesto que apunta a dos cosas diferentes.

A) **Pensamiento cartesiano**. Es un hecho que en el lenguaje coloquial se usa la palabra 'pensamiento' para apuntar a algún proceso que tiene lugar en las cabezas de las personas. En este sentido, el pensamiento es un proceso psíquico o psicológico, algo que de una u otra manera está conectado con el cerebro y sus funciones. Así entendido, el pensamiento es la actividad de la mente. Llamaré a esto, por razones conocidas en las que no vale la pena entrar, 'pensamiento cartesiano'. Éste es, pues, un fenómeno de la subjetividad humana y en este sentido podemos afirmar que cada quien tiene sus pensamientos.

B) **Pensamiento fregeano**. Hay, no obstante, otro sentido de 'pensamiento', que es el que a nosotros aquí realmente incumbe. En este segundo sentido, hablamos del pensamiento para referirnos al contenido semántico de una oración, es decir, es lo que la oración **significa**, su sentido. En este sentido de 'pensamiento' ya no podemos decir que cada quien tiene sus pensamientos, puesto que en este sentido los pensamientos son públicos, son objetivos y los compartimos. Esto no es muy difícil de comprender. Tenemos, por un lado, los signos, como por ejemplo la oración del español 'Estoy en Tapachula', la oración en inglés 'It is raining' o la oración en polaco 'Mieszkam w Meksyku'. Esos son los signos, pero todo mundo entiende que dichos signos traen aparejados sus respectivos sentidos. Los signos son, por así decirlo, los vehículos de los sentidos. Estos sentidos son los pensamientos. Nosotros usamos signos, escritos u orales, para transmitir pensamientos. Los signos en sí mismos no nos interesan, salvo si hacemos semiótica, que no es el caso. En general, lo que nos interesa es lo que mediante ellos podemos **decir**. Eso que podemos decir, lo que los hablantes **transmiten y captan**, lo que pueden **traducir** de un lenguaje a otro son los pensamientos. Los pensamientos no pertenecen a ningún idioma en especial puesto que, como es obvio, podemos expresar exactamente el mismo pensamiento en diversos idiomas. Todos entendemos, supongo, que podemos decir

exactamente lo mismo en español, en francés, en inglés, en ruso, en tzeltal, etc. 'It is raining' dice exactamente lo mismo que lo que los franceses expresan cuando dicen 'il pleut', lo mismo que lo que los polacos dicen cuando afirman 'pada deszcz' y lo mismo que nosotros decimos cuando afirmamos 'está lloviendo'. Eso que todas esas oraciones de diversos idiomas **expresan**, eso que, por así decirlo, tienen en común todas ellas, es el pensamiento en este segundo sentido. Al pensamiento en este sentido lo podemos llamar 'pensamiento fregeano', en honor del gran lógico alemán Gottlob Frege. Así, si en el primer caso, esto es, en el caso del pensamiento cartesiano éste es básicamente un proceso, un fenómeno mental, algo que sucede, que por así decirlo le pasa a alguien, en el segundo sentido, o sea, en el sentido de pensamiento fregeano, lo que tenemos es una entidad abstracta, un objeto que no es ni material ni mental, sino lógico.

Teniendo presentes estas aclaraciones, estamos ya en posición hacer ver por qué la dimensión lingüística del ser humano es simplemente crucial: es con el lenguaje que surge el sentido, con el sentido los pensamientos y con los pensamientos tanto la **representación del mundo** como la **auto-representación**. O sea, es gracias a que disponemos de un lenguaje que tenemos una idea de la realidad y, sobre todo y más relevante para nuestro tema, que podemos tener una idea de nosotros mismos y de nuestra posición o actitud frente al mundo. Es sólo con el lenguaje que aparecen todas esas posibilidades de expresión como lo son el referirse a alguien, el recordar la fecha de tal o cual evento, el formarse ilusiones sobre tales o cuales situaciones, etc. Ahora bien, habría que entender que los pensamientos en general no vienen solos y ciertamente nos interesa tener conglomerados de pensamientos que sean desde luego **congruentes**, pero no únicamente. Por medio de y gracias a nuestros pensamientos (en el sentido fregeano) no sólo describimos la realidad, sino que nos formamos cuadros de ella o, como prefiero llamarlas, **concepciones**; por medio de estas "concepciones" la (por así decirlo) "interpretamos". Naturalmente, lo importante de las concepciones es que nos resulten **convincientes**; queremos hacer nuestra la mejor de las concepciones posibles. Independientemente de esto último, el punto crucial por el momento es que es prácticamente imposible tener un lenguaje, ser un ser lingüístico, y no formarse o conformarse una concepción del mundo así como una concepción de uno mismo. Dicho de otro modo, no podemos ser seres lingüísticos y no formarnos una concepción de la realidad. Por lo tanto, no podemos ser seres lingüísticos y no hacer filosofía. Tan pronto empezamos a hablar de "concepciones" ya estamos hablando de filosofía. Naturalmente, las concepciones que los usuarios del lenguaje se puedan formar tanto del mundo como de ellos mismos varían desde muchos puntos de vista:

pueden ser más o menos simples o complejas, congruentes o absurdas, aburridas o atractivas, simplonas o interesantes, etc. Pero independientemente de esto último, el hecho es que disponemos ya de una respuesta bien cimentada a nuestra pregunta de si es posible vivir sin filosofía. La respuesta es que los seres lingüísticos, como lo somos nosotros, no pueden vivir sin filosofía, entendiendo por 'filosofía' en este caso la formación de concepciones de la realidad y de uno mismo. Intentemos profundizar en esto.

Hemos hablado de "concepciones de la realidad". Necesitamos precisar un poco más dicha expresión. Y lo primero sobre lo que quisiera llamar la atención es el hecho de que hay una conexión importante entre la "filosofía" que uno haga suya o que pueda uno labrarse, por una parte, y la existencia que uno lleve, por la otra, es decir, entre su modo de ver el mundo y su modo de enfrentarlo y vivirlo. En otras palabras, hay un sentido en el que la calidad de la vida de un hablante es una función, entre otras cosas, de la **calidad** de su concepción del mundo y de la vida. En este punto se manifiesta la importancia del pensamiento, en el sentido de Frege, y lo que podríamos llamar sus 'consecuencias prácticas'. Podemos entonces ya despejar un cierto malentendido: es evidente que la filosofía no tiene "consecuencias prácticas" en el sentido en que puede tenerlas el picar piedra o el reparar los frenos de un carro pero, si no nos hemos equivocado en lo que hemos venido sosteniendo, es incuestionable que la filosofía tiene consecuencias prácticas de primera importancia, sólo que de un modo menos visible, pero mucho más general y omniabarcador. En efecto, dependiendo de la concepción que uno tenga tratará a las personas, a los animales, a las plantas, etc., de uno u otro modo y ello tendrá repercusiones en su vida. Estamos, pues, autorizados ya a sostener que es un error total pensar que sólo quien usa martillos y clavos hace algo "práctico". Afirmar algo así es ser víctima de una incomprensión radical. El pensamiento, por abstracto que sea, también es práctico, sólo que de otro modo.

En segundo lugar, es importante entender que cuando estamos hablando de las concepciones que cada quien, por así decirlo, arrastra consigo, no queremos estar dando a entender que dichas concepciones son construcciones teóricas elaboradas conscientemente y particularmente alambicadas. Eso de hecho es verdad de muy poca gente. Cuando hablamos de las concepciones del mundo y de la vida que la gente hace suyas lo que tenemos en mente en general son las concepciones que **implícitamente** tienen, esto es, las que quienes los observamos podemos extraer tanto por lo que ellas mismas **dicen** como por lo que ellas **exhiben** a través de su conducta. Podemos decir de alguien que actúa "de mala fe", aunque la persona en cuestión no vaya pregonando

a derecha e izquierda que actúa de mala fe. Su mala fe es algo que **se muestra**, que los demás pueden detectar y frente a lo cual **reaccionan**.

En resumen, los hablantes en general van por la vida con sus respectivas “filosofías”, a menudo sin darse cuenta de ellas pero dejándose guiar por ellas. Con un resultado así quizá ya podamos empezar a atar cabos.

Es relativamente claro que un criterio fundamental para juzgar concepciones es el carácter más o menos completo de la idea del Hombre que esté en juego. Esto es importante, porque nos hace ver que si alguien hace suya una concepción puramente “naturalista” de las personas, es decir, si se limita a verlas como seres biológicos, psicológicos y sociales, podemos inferir que su concepción será pobre, decepcionante, aburrida y muy probablemente de efectos nefastos o por lo menos negativos. Porque, preguntémonos: ¿qué clase de existencia puede llevar alguien que hace suya una concepción así? ¿Qué ideales de vida están asociados con una concepción como esa? Me parece que ello no es muy difícil de visualizar. Si imaginamos un caso de vida exitosa regida por los valores internos a la concepción naturalista o propios de ella lo que veríamos sería que el sujeto en cuestión podría llegar a ser un atleta (salud biológica), un hombre que llevaría una vida placentera (satisfacciones subjetivas) y socialmente exitosa (triunfo social). A eso se reduciría el “éxito” de alguien que hiciera suya la concepción puramente naturalista del ser humano. Podría parecer mucho y resultarle muy atractivo a más de uno, pero de inmediato salta a la vista que una vida así, inclusive si es totalmente exitosa (lo cual, pienso yo, sería prácticamente imposible por razones que no sería muy difícil proporcionar), sería de todos modos despreciable y hasta odiosa. ¿Por qué? Porque por no haber tomado en cuenta la faceta lingüística del ser humano, la concepción en cuestión sería paupérrima o esquelética, sumamente incompleta, pues el sujeto se habría olvidado de todo aquello que se gesta gracias a la dimensión lingüística de la vida humana y, por lo tanto, habría dejado de lado por lo menos las facetas moral, estética y religiosa de la persona. Para quien hace suya la concepción cruda, esto es, naturalista y cientificista, del ser humano, los horizontes de la vida están marcados por los objetivos propios de la vida biológica, la vida psicológica y la vida social y allí termina el horizonte de la reflexión. Lo problemático de esto es, como dije, en ese paisaje no hacen todavía su aparición ni la vida moral, ni la religiosa, ni la estética ni probablemente muchas otras modalidades de ser de los humanos. En tanto que ideal, por lo tanto, el “naturalista” es sumamente empobrecedor y por lo tanto como modo de vida ciertamente indeseable.

Ahora bien, con el pensamiento y con las concepciones pasa más o menos lo mismo que con el trabajo manual: pueden ser tanto de buena como de pésima calidad. Es obvio que lo deseable es disponer de la mejor concepción posible, pero ¿cómo determinar qué concepción es **mejor**? Yo creo que si bien ciertamente no podemos llegar en este contexto a resultados que exhiban certeza matemática, de todos modos sí disponemos de criterios que, cuando son utilizados, nos permiten jerarquizar concepciones con relativa seguridad. Sería un error pensar que no es racionalmente posible elegir entre una concepción y otra, que todo es un asunto de subjetividad o de arbitrariedad. Sería infantil, por otra parte, pensar que podemos llegar a articular la concepción perfecta. No hay tal cosa. En relación con las concepciones que se puedan desarrollar necesitamos una idea sensata de perfección, no a una meramente fantástica. El filósofo alemán, Friederich Nietzsche, con toda razón, sostenía que la idea de perfección resulta de una comparación. Tiene sentido afirmar que una concepción más perfecta que otra porque explica mejor los hechos, porque está mejor estructurada, porque requiere de menos presuposiciones, etc., pero lo que no tiene sentido decir es que hay una concepción que es insuperable de todos puntos de vista. Una afirmación así no apunta a nada, puesto que está involucrada una idea espuria e inservible de perfección. Ahora bien, esto es justamente lo que sucede con las concepciones de las que hemos venido hablando: todos arrancamos con las más triviales, las más burdas, las más primitivas (en mi opinión, las de corte "naturalista"), pero poco a poco, a base de argumentaciones, razonamientos, especulaciones, conocimientos, experiencias, fracasos, discusiones, etc., las vamos puliendo, afinando, perfeccionando. Y lo importante es que mientras más perfectas sean nuestras concepciones, es decir, mientras menos expuestas estén a objeciones, mejores vidas llevaremos, menos infelices seremos. El perfeccionamiento de nuestro pensamiento, por lo tanto, es un tema que no podemos simplemente ignorar, puesto que es uno de los grandes ejes de nuestra vida. Veamos esto en más detalle.

Cuando abandonamos la concepción primitiva básica, esto es, la naturalista, y nos encaminamos por la senda del refinamiento de nuestra visión de la realidad automáticamente caemos en el campo de la **competencia** intelectual. Aquí es importante no perder de vista la vinculación que se da entre nuestro pensamiento y nuestra vida. Hay que entender que, puesto que estamos en el plano de lo que cada quien hace con su vida, el factor que determina qué tan lejos queremos ir en nuestro proceso de refinamiento intelectual o filosófico es simplemente qué tan útiles nos resultan, lo cual en última instancia significa qué tan satisfechos nos encontremos con nuestras respectivas vidas. Tenemos que admitir que es perfectamente posible vivir con una concepción

primitiva, fragmentaria, incongruente del mundo y no obstante ser feliz. Frente a eso, lo único que puede decir quien lleva una vida dirigida por una concepción más refinada es algo como: una felicidad como esa no me interesa, no me atrae, no me sirve. No quiero ser feliz de ese modo. Pero nada más. En su famoso *Tractatus Logico-Philosophicus*, Wittgenstein lo dijo de este modo: “El mundo del hombre feliz es distinto del mundo del hombre infeliz”.

Parecería claro que si nuestras concepciones de nuestras personas, de los demás, de los animales, de la vida, etc., sistemáticamente nos llevan a conflictos, lo sensato sería modificarlas pero, como dije, en última instancia eso es algo que lo determina cada quien en su propio caso. Tan es importante la filosofía en la vida humana que a menudo la gente prefiere seguir teniendo problemas con el mundo que alterar sus concepciones, esto es, que admitir que sus ideas están mal elaboradas y estructuradas, que su pensamiento es erróneo, que su filosofía es equivocada. Por ejemplo, alguien puede estar satisfecho con su visión naturalista del mundo y de la vida y nunca entender o aceptar que por ser limitada su visión del mundo resulta sumamente conflictiva y por lo tanto que sería conveniente superarla. Así, cuando no es factible hacerle entender al sujeto en cuestión que si su vida es de mala calidad es porque su pensamiento, su concepción del mundo, su filosofía es de mala calidad, la filosofía entendida como una actividad un poco más refinada ya no podrá florecer. En este sentido de ‘filosofía’, esto es, como actividad intelectual permanente de esclarecimiento y sistematización de nuestro pensamiento, hay que reconocer que aunque no se puede vivir sin ella de todos modos sí tiene límites. Sucede en relación con este fenómeno algo similar a lo que acontece con el psicoanálisis: para que alguien recurra a la ayuda del terapeuta tiene primero que reconocer que tiene problemas, que no sabe cómo enfrentarlos y que necesita ayuda. Es muy importante, por lo tanto, que el individuo pueda llegar a sentirse insatisfecho, descontento con su vida pero no por culpa de los demás, sino porque entiende o por lo menos intuye que lo que requiere ser examinado son sus actitudes, sus líneas de conducta, sus valores. Lo que podemos decir entonces es que si ese estado de insatisfacción no se produce, el progreso filosófico se vuelve imposible y, por consiguiente, el personal también. Esto me lleva a otro tema.

Hablamos de progreso intelectual, de desarrollo de nuestras concepciones, pero ¿cómo se perfecciona una idea, una concepción, una “filosofía”? La respuesta es simple: no hay más que un método: mediante la reflexión, para lo cual el intercambio de ideas, la discusión (que no el pleito) es indispensable. Muchas veces estas discusiones

y estas reflexiones se dan a raíz de conflictos que nosotros mismos generamos y que son el gatillo gracias al cual nuestra reflexión se inicia. Supongamos que una persona deja plantada a otra, que cuando se encuentran una le reclama a la otra y que la respuesta que la primera ofrece es algo como “Es que estaba jugando dominó y estaba muy a gusto”. Obviamente, eso no es una respuesta satisfactoria y hasta podría ser una injuria, añadiendo la burla a la ofensa. Pero ¿por qué? ¿Por qué, por lo menos a primera vista, nadie aprobaría semejante conducta? Lo interesante aquí es reparar en el hecho de que al momento de intentar responder a esta pregunta lo que estamos haciendo es filosofía, aunque sea de manera precaria y no técnica. Veríamos entonces que en la raíz de dicha conducta, subyaciéndole, lo que encontramos es un principio ético como “hay que hacer lo que a uno le genera placer”, pero como estamos que fundar la conducta de alguien en dicho principio conduce a problemas, tenemos que inferir que dicho principio, por atractivo que nos parezca, no puede ser aceptado de manera cruda. Tenemos entonces que modificarlo, matizarlo. Podríamos entonces proponer un principio alternativo como “hay que buscar el placer, pero no a costa del malestar de otras personas”. En este proceso transitamos paulatinamente de una concepción casi automática o espontánea, de una filosofía primitiva, a una filosofía un poquito más refinada, quizá más técnica, de una filosofía elemental de la vida a una visión de la vida cada vez más estructurada, ramificada, argumentada. ¿Necesitamos para vivir estar empapados de filosofía técnica, profesional? Claro que no, si bien es obvio que **algún** contacto con ésta será siempre útil y provechoso. Así, por ejemplo, si el ciudadano medio supiera qué es realmente el amor platónico, qué es el mito de la caverna, qué es el imperativo categórico, si comprendiera que hay una gran diferencia entre enunciados de valor o de deber y enunciados de hecho, etc., su concepción del mundo sería mucho más sólida y, por lo tanto, regularía mejor su conducta y, por lo tanto, viviría mejor, no esperando de los demás cosas o reacciones que es lógicamente imposible que se den y ajustando su vida a los hechos del mundo con más éxito. Estaría entonces en la ruta de la sabiduría.

Lo anterior me lleva a decir unas cuantas palabras respecto al valor de la filosofía más allá de su fase meramente primaria o primitiva. El valor de la filosofía se deja sentir cada vez que reflexionamos sobre nuestra existencia y que aspiramos a fraguarnos una concepción correcta que no se derive directamente de consideraciones de orden práctico. El maravilloso mundo de la filosofía se nos aparece tan pronto inquirimos acerca de cómo vivir, de para qué vivir, de qué realmente vale la pena, de qué es hermoso y bueno, de qué es lo que por ningún motivo debemos hacer, de cómo es el mundo considerado como una totali-

dad, de cómo es posible el conocimiento, de qué relación hay entre las matemáticas y el mundo material, etc., etc. Es altamente probable que la inmensa mayoría de los filósofos profesionales gustarían de sostener que la filosofía tiene un valor *per se*, esto es, un valor en sí misma, que por su grandeza intrínseca sus temas por sí mismos la justifican, puesto que son los temas más importantes, los más sublimes, etc. Yo quisiera adoptar aquí una visión menos romántica y más pragmática. Yo creo, en concordancia con lo que he venido sosteniendo y contrariamente a lo que el común de las personas opina, que la filosofía es valiosa precisamente por sus **consecuencias**, esto es, por las aplicaciones prácticas que tiene, por el hecho de que gracias a ella uno logra, de uno u otro modo, moldear su vida, inclusive si la concepción que uno logre labrarse será siempre perfectible. Los temas clásicos y perennes de la filosofía son justamente aquellos cuya consideración requiere **meditación** y es cuando nuestro pensamiento entra en contacto con dichos temas que nosotros mismos le damos una orientación personal a nuestra vida. Nuestra filosofía es el producto de la actividad de nuestra mente cuando ésta se ocupa de temas de interés universal, de temas que por su generalidad y abstracción no pueden ser estudiados científicamente. Nosotros distinguimos más arriba la plataforma naturalista de la plataforma lingüística. Yo diría que sobre los temas que brotan de la segunda la ciencia no tiene nada qué decir. No hay una ciencia del bien y del mal, una ciencia de lo bello y del arte, una ciencia de la divinidad, una ciencia de las entidades abstractas, una ciencia del “yo”, etc., pero precisamente esos temas que la ciencia no estudia son los intelectualmente más atractivos, más excitantes, los que de una u otra forma se vinculan con lo que podríamos llamar el ‘sentido de la vida’. Y esto me lleva a un último punto que quisiera rápidamente considerar.

Quiero rápidamente argumentar que mientras más profundamente entre la filosofía en nuestras vidas más libres somos. La filosofía nos hace libres porque nos permite actuar no por estar sometidos a presiones externas y, por lo tanto, a determinaciones causales, sino gracias a que llegamos a resultados que intelectualmente nos dejan satisfechos y por los que nosotros mismos optamos. Preguntémonos: ¿quién es más **libre**: alguien que se ve forzado a hacer lo que su jefe espera de él, inclusive si se beneficia con su obediencia, o alguien que actúa porque se convenció a sí mismo de que hay que respetar tal o cual principio o porque se convenció de que es absolutamente imposible realizar tal o cual acción, inclusive si con ello se vería beneficiado? La libertad, como todo, tiene un precio, un precio que a mi modo de ver vale la pena pagar. ¿Por qué? Porque al actuar libremente lo que hago es dotar a mi existencia del rostro que yo quiero que tenga y al proceder de esa manera lo que hago es dotar de mi vida con el sen-

tido que yo quiero que tenga. Si alguien actúa movido únicamente por los intereses del momento, por las presiones del contexto, los miedos que le causan otros, sus necesidades y requerimientos, etc., esa persona no actúa nunca libremente y el sentido de su vida será el que otros le hayan configurado. El sentido que le imprime a mi vida la acción moral es precisamente el de la acción libre y es, por lo tanto, el que el sujeto en cuestión realmente quiere. Por mi parte, me reconozco convencido de que la libertad vale el precio que hay que pagar por ella.

Para dejar en claro que nuestras vidas están reguladas o dirigidas por nuestras respectivas concepciones, es decir, que el pensamiento no es inocuo, nos bastará con señalar que las concepciones que los individuos se forjan están conectadas con otras dos nociones cuya importancia no se puede poner en duda, a saber, las ideas de **mentalidad** y de cultura. En efecto, cuando una determinada concepción es más o menos compartida, más o menos reina en una determinada población, de lo que podemos hablar es de una cierta mentalidad. Por eso hablamos, con la vaguedad que el caso exige, de la mentalidad de los mexicanos, cuando lo que queremos hacer es contrastar dicha mentalidad con, por ejemplo, la de los argentinos, la de los franceses, la de los polacos y así sucesivamente, o de la mentalidad de los chiapanecos, cuando lo que queremos es contrastarla con la de los tamaulipecos, los jaliscienses o los capitalinos. Lo que eso quiere decir es que el ciudadano medio de cada uno de esos países o comunidades tiende a formarse ideales diferentes, a perseguir objetivos distintos, a utilizar métodos diferentes para alcanzar sus respectivos fines, etc., que el ciudadano medio de otros lares. Pero es claro que el asunto no termina allí, porque una mentalidad no es algo que crezca como un hongo, algo que no pueda a su vez inscribirse dentro de un marco más general que de alguna manera la explique, eche luz sobre ella. Ese marco general es lo que podríamos llamar su **cultura**. Así, los conceptos de concepción individual del mundo y de la vida, de mentalidad y de cultura son nociones entrelazadas que sirven para explicarse unas a otras y no hay en esto ningún vicio de circularidad.

Conclusiones

Me parece que estamos ya en posición de ofrecer una respuesta concreta, aunque matizada, a la pregunta que nos sirvió de punto de partida, a saber, '¿se puede vivir sin filosofía?'. En primer lugar, en un sentido básico o espontáneo pero no ilegítimo de 'filosofía', la respuesta es claramente "no". Los seres dotados de un lenguaje y por consiguiente seres pensantes no pueden vivir si una dosis mínima de filosofía. Esto,

claro está, no equivale a sostener que todos tienen que estudiar filosofía, hacer filosofía de manera profesional, consagrarle sus vidas a la filosofía. Decir eso sería sostener algo absurdo. Ahora, entre la filosofía, digamos, "natural" y la filosofía profesional hay una gradación que imperceptiblemente lleva de la primera a la segunda. En este deslizamiento especulativo se van incorporando tecnicismos, tesis, teorías, etc., de manera que lo que en un principio era una concepción más o menos burda del mundo se vuelve poco a poco una compleja teoría de la realidad. Y esto nos lleva a una segunda acepción de la pregunta: ¿se puede vivir sin filosofía en el sentido de si vale la pena vivir con una concepción gruesa, conformarse con una visión burda de la vida, con una idea no elaborada de los seres humanos y más en general de los seres vivos y del universo en su conjunto? Yo pienso que no y creo que hay argumentos implícitos en lo que hemos dicho que avalarían mi posición, pero en todo caso esta otra discusión es algo que habremos de dejar para una ulterior ocasión.